

excelente. Le ayudé a romper el nema, y le dí la carta abierta.—«*Ah! pero esta pequeña letra!...*»—Después empezó con un tono solemne, como si fuera una de vuestras pequeñas hijas quien leyese: «*Las pobres hijas de la Vendée....*» La palabra *Vendée* lo detuvo. «*Ah! bien, leedla, yo no puedo....*» Yo se la leí toda entera, aunque era algo larga. Pio IX estaba un poco recostado sobre su sillón, tenía juntas las manos y escuchaba con la mayor benevolencia. Llegué al fin, leí los títulos: las pequeñas obreras congregantes de la Santa Virgen; las niñas de la escuela de las Hijas de la Sabiduría. «*Sí, sí, después toda la retahíla.... todos los nombres,*» interrumpió él, mostrándome con el dedo las firmas. Y tomando la carta:—«*Ah! bien! bien!*» Yo le dije entonces que sería muy dichoso con poder enviar a estas pequeñas niñas y a sus maestras la respuesta de que Su Santidad les concedía su bendición.—«*Ma figlio, hijo mio, la respuesta! yo la voy a poner en seguida.... Aquí en la misma carta, y después vos la enviaréis....*» Extendió sobre su mesa la carta abierta, tomó su gran pluma, y con sumo empeño escribió las dos líneas tan preciosas que vos veis: «*Que el Señor os bendiga y os guarde, jóvenes hijas; y vosotras, vírgenes, alabad el nombre del Señor.*» Durante este tiempo, yo tenía los ojos fijos sobre su afable y bella figura, que tocaba, por decirlo así, y que ahora tengo tan profundamente impresa en mi memoria, como su amor en el corazón. ¡Yo admiraba esta frescura de semblante, este aire de salud en un anciano de setenta y cinco años, que lleva el peso del universo entero desde hace tanto tiempo, que ha sufrido tan crueles pruebas, que ha conocido los dolores del destierro, todas las amarguras de la contradicción, todas las angustias del martirio interior, con el alma más sensible que haya en el mundo!.... ¡Yo admiré esta serenidad extraordinaria en el momento mismo en que la Francia abandonaba a Roma, en que todos los socorros humanos le faltaban!.... En que la revolución triunfante contaba su última hora.... ¡Dios mio! ¡Cuán bello es ver a un santo oprimido por las mas

grandes adversidades!... ¡Era verdaderamente un espectáculo digno de Dios y de sus ángeles! Al retirarme, yo estaba tan vivamente conmovido, que no veía, ni por dónde pasaba, ni quién me conducía; pero oía siempre la voz tan tierna y tan paternal del Vicario de Jesucristo. Yo tenía los labios aún ardiendo por los besos que había impreso con tanto respeto, pero también con tanto amor y devoción, sobre su mano venerable; aun creía sentirla posada sobre mi cabeza. En fin, yo llevaba en mi corazón, con su bendición, las deliciosas palabras que me había dicho: porque yo no os he referido sino la mitad de mi audiencia; el tiempo y el espacio me faltan: y he tenido por otra parte que deciros a grandes detalles todo lo que os concierne.

Una lágrima de Pio IX.

En el Aveyron, dos jóvenes señoritas que pertenecían a una familia principal, habían sido educadas en uno de los primeros pensionados de la capital. Todo parecía gozo, sonrisa, felicidad en el porvenir que les ofrecía el mundo; pero un bello día resolvieron entrar las dos juntas en esa tumba mística que se llama el claustro, y de donde se sale radioso y resucitado con la gloria de Cristo. Pero antes de sepultarse vivas, escribieron a Pio IX, enviándole su último diamante, su último tesoro. Se dice que el Santo Pontífice no pudo impedir que una dulce lágrima corriera por sus párpados, y el 28 de Abril, tomando su mano la pluma, trazaba estas dos líneas inspiradas, que ellas conservan como una reliquia: *Dominus vos benedicat, ut semper unius sitis voluntatis, et ibi sint corda, ubi vera sunt gaudia!* Pius PP. IX.—El Señor os bendiga a fin de que no tengáis jamás sino los mismos deseos, y que vuestros dos corazones estén allí donde están los verdaderos goces! . . .

Pio IX en el taller del P. Besson.

Era en 1852. El convento de San Sixto en Roma, donde Santo Domingo había establecido a sus hijos, y que había visto sus mas grandes milagros, entre ellos, la resurreccion de tres muertos, era el objeto de una restauracion artística. Un pintor frances que había tomado el hábito de Santo Domingo, había emprendido restaurar la sala capitular y los conoedores acudian para admirar sus diseños. Un dia el Santo Padre tomó el convento de San Sixto como objeto de uno de sus paseos. La entrada del carruaje y de la escolta del Soberano Pontífice al patio desierto donde se encuentra la sala del Capitulo no había podido distraer al artista de su trabajo, y desde lo alto de sus andamios, con su delantal, la paleta y los pinceles en la mano, fué como recibió a Pio IX.

El augusto visitador gozó mucho con su sorpresa, examinó con interes sus pinturas y bendijo sus proyectos. Despues se dignó entrar en conversacion con él. Esta roló sobre la Francia. Pio IX dijo entre otras estas memorables palabras:

«Vosotros los franceses teneis celo, sois excelentes para la accion; pero no teneis prudencia. La prudencia está en Roma, porque Nuestro Señor la ha puesto allí. Veis que como hombre yo no soy digno de moler vuestros colores ó de servirlos de hermano converso de San Sixto; pero como Papa siento en mí un peso enorme. *Sento in me un peso enorme.*» Y volteándose hácia el Crucifijo: «Ya no soy yo el que vivo, es Jesucristo quien vive en mí.*

* Carta del P. Rouard de Card, citado en Un Religioso dominico. El R. P. Jacinto Besson; su vida y sus cartas, por E. Cartier, Poussielgue, 27, calle Cassette. *El hombre a quien Pio IX se dirigia era al R. P. Jacinto Besson.*

Pio IX catequista.

Se escribia de Roma el 28 de Febrero de 1867:

El Papa toma sus vacaciones durante el Carnaval visitando algunos establecimientos de caridad, yendo a orar a alguna iglesia en la mañana, a la hora que las diversiones están suspensas. La multitud se precipita sobre su paso con las señales ménos equívocas de su simpatía y de su veneracion.

Hace algunos dias, dirigiendo su paseo del lado de San Juan de Letran, el Santo Padre ha querido visitar una humilde escuela de niñas dirigida por las religiosas de la Preciosa Sangre. No era esperado. A la vista del cortejo pontificio, maestras y discípulas han caído de rodillas pidiendo la bendicion apostólica que el augusto visitador les ha dado con efusion. Parecia decir a los que le rodeaban, como el Divino Maestro: *Dejad que los niños se acerquen a mí.* Casi por media hora ha interrogado a muchas niñas sobre el catecismo y ha hecho recitar a otras sus oraciones de la mañana y de la noche. Antes de abandonar la escuela, ha dado a las maestras medallas para las discípulas mas adelantadas y una suma de dinero para las mas pobres. Así es como el augusto Vicario de Jesucristo, a ejemplo de su Divino Maestro, *pasa haciendo el bien.* . . . Antes de entrar al Vaticano el Papa ha ido al Colegio Romano, quiso visitar la capilla donde se reúne la congregacion de Maria llamada *Prima Primaria*, porque es la primera que se erigió bajo este título. Arrodillado ante una imágen muy antigua de la Madre de Dios, traída de la Catacumba de San Ermes, Su Santidad ha recitado en alta voz las Letanías de Nuestra Señora de Loreto; despues ha exhortado a los asistentes a que perseveren mas que nunca en la devocion a la Madre de Dios.

Pio IX y el obispo de Angers.

La mayor parte de los obispos franceses han ido a Roma, y los que han tenido algun impedimento no han dejado de dar sus excusas al Soberano Pontífice: se sabe que Mr. Angebault, obispo de Angers, ha querido, a pesar de su avanzada edad (tenia en Junio setenta y siete años), ir a Roma para celebrar el Centenario de San Pedro. El Soberano Pontífice se ha conmovido sobremanera por este supremo esfuerzo y le ha dado señales de una gran benevolencia. Al verlo, refiere la *Semana Religiosa de Angers*, Pio IX exclamó: «*Eccolo, il becchio!* Hé aquí al anciano. * Y lo abrazó. Su Santidad ha concedido una bendicion especial al cabildo, al clero y a todas las personas cuyas ofrendas le presentó Mr. Angebault.

* Comme sta il vecchio: ¿cómo está el anciano, pregunta frecuentemente a los argevinos que tienen el honor de serle presentados.

CAPITULO QUINTO.

EL OBOLO DE SAN PEDRO EN 1867.

A pesar de las inundaciones, los temblores de tierra, las crisis comerciales, las malas cosechas y las muchas obras que reclaman el auxilio de los fieles, * el Óbolo de San Pedro continúa provocando la generosidad de los verdaderos hijos de la Iglesia. Se ha dicho lo bastante sobre esta interesante Asociacion. Ved aquí, sin embargo, algunas tiernas palabras del venerable obispo de Angers:

«Si aun tomamos ahora la palabra en su favor, no se trata solamente de la pobreza personal de Pio IX. Nada hay

* Ved aquí como Mr. el Obispo de Angers resume en algunas palabras las obras por las que se interesan sus diocesanos:

«Y por qué nos hemos de quejar cuando somos todos los dias testigos de vuestra generosidad? ¿Por ventura no todo lo que hay aquí habla de vuestra fe y de vuestros beneficios? Ellos son conocidos en todo el mundo: *Fides vestra annuntiat in universo mundo.* Vuestra caridad ha sido bendecida, hace muy pocos años, en las playas de la Siria y en las montañas del Líbano; ha sido bendecida en las vastas comarcas de la China, donde millones de huérfanos han aprendido a conocer y amar a Dios, aprendiendo tambien a conocer y amar a sus bienhechores; ha sido bendecida en la península de la India, adonde ha enviado a uno de sus hijos el apóstol de Mayssour; ha sido bendecida en las islas de la Oceanía por los celosos é infatigables misioneros salidos de esta diócesis para llevar el Evangelio y extender allí el reino de Jesucristo; ha sido bendecida en la Africa, en Asia, en América, donde nuestra congregacion del Buen Pastor mandó sus santas hijas para extender la enseñanza católica y desafiar los furores del cólera; ella ha sido bendecida en fin, y sobre todo, en las riberas del Tíber, sobre la roca inmóvil del Vaticano y del Quirinal, en donde el ángel del mundo católico está arrodillado, levantando hácia el cielo sus manos suplicantes, y de lo alto de la gran tribuna de San Pedro derrama sus bendiciones.»

Pio IX y el camarista del cardenal Gousset.

Los diarios, con motivo de la muerte del cardenal Gousset, han citado ciertos rasgos encantadores de la vida de este prelado eminente; pero hé aquí uno que han olvidado.

Mr. Gousset, al ir a dar cuenta al Santo Padre del estado de su diócesis, habia llevado naturalmente con él a Roma, a su camarista, hombre fiel y adicto. Su Eminencia estaba hacia ya algun tiempo en la ciudad Eterna, y pensaba volverse a Francia; pero la enfermedad de su doméstico lo inquietaba y le hacia dudar en sus proyectos. Sin embargo, habiendo tenido una mejoría en su salud, se fijó el día de partida. Pero entretanto el camarista tenia otro cuidado que no era el de su enfermedad, no habia podido ver al Papa, y esto le disgustaba mucho. Era la víspera de abandonar a Italia: el cardenal, despues de haber hecho sus últimas visitas, va a su casa y entra al cuarto de su servidor, para tener nuevas de su salud y hacerle conocer sus resoluciones relativas al viaje. Pero ¡oh sorpresa! ¡No estaba allí Fernando!

El prelado se inquietó; temia un accidente a causa de la fiebre. Hizo buscar a aquel que habia dejado en el lecho, y cuya desaparicion era tan inexplicable. Fernando no se encontraba en ninguna parte. Pasó un cuarto de hora, media hora; la alarma aumentaba en el corazon de Monseñor. No sabia qué pensar, cuando repentinamente nuestro hombre aparece, fresco, dispuesto, listo y rozagante. «Ah! vos aquí? De dónde venís? ¡Cuántos temores he tenido por vos! Su Eminencia es muy bueno: yo vengo de casa del Papa.— ¡Cómo! querido criado, estais delirando. Yo voy a llamar al médico.—Tranquilícese su señoría. Lo repito, yo vengo del Vaticano, donde he sido recibido perfectamente.— ¡Pobre amigo! acostaos, estais delirando. ¡Os compadezco!— Perdon, monseñor, pero vuestra Eminencia se engaña. Que-

reis la prueba, héla aquí.» Diciendo esto, Fernando pone a la vista del cardenal estupefacto, un rosario conocidísimo, que el Santo Padre traía en la misma mañana. Durante la ausencia de su amo, dijo para sí: en efecto, nosotros partimos mañana; si yo no veo al Papa hoy. . . . esto es hecho. Así es, yo quiero verlo; voy pues á su casa. Y saltando de la cama se vistió y se fué derecho al palacio. Allí hizo llamar a Mr. de Merode, y le contó sencillamente lo que queria, suplicándole que lo introdujera. Como es fácil creerlo, Mr. de Merode declaró la cosa imposible, haciéndole ver todas las formalidades necesarias aun a los príncipes de la Iglesia, para obtener una audiencia, que por lo comun no se concedía sino despues de mucho tiempo. «Todo es bello y bueno, replicó el solicitador, cuando se tiene tiempo para esperar; pero yo no lo tengo: pártome mañana, y es necesario, Monseñor, que me presentéis.» Cediendo a esta firmeza tan simple, Mr. de Merode, despues de haber resistido largo tiempo, fué a ver al Santo Padre, que estaba en su gabinete, el que ordenó que entrase el buen doméstico, llegado su turno. Éste no se lo hizo repetir: pasando por en medio de una multitud numerosa que estaba en la antecámara, se presentó delante del Papa, le dijo quién era, y le expuso con una efusion tal, el deseo que habia tenido de ser admitido a su presencia, y el gozo que sentia por haberlo logrado, que Pio IX no solamente le concedió su bendicion, sino tambien, sacando de la bolsa su propio rosario, se lo dió como un recuerdo.

No tenemos necesidad de decir con qué transporte de reconocimiento fué recibido este presente.

El dicho camarista, enseñando su tesoro a quien quiere verlo, pretende que su Eminencia está celoso de él.

Admirable condescendencia de Pio IX.

A pesar de sus numerosas ocupaciones, y los negocios tan importantes de la Iglesia entera, que pesan sobre su augusta persona, Pio IX sabe encontrar tiempo para recibir a innumerables visitantes, que vienen a él de todas las partes del mundo. Su Santidad se digna hablarles con una bondad y una condescendencia, que recuerdan la mansedumbre y la caridad del Divino Maestro. Nadie se retira de estas audiencias tan apreciadas, sin llevar en su corazón alguna buena palabra inspirada por el mismo Dios a su Vicario, y cuyo recuerdo es imposible perder.

No es esto todo: este muy amado Padre responde a todas las cartas que sus hijos no temen dirigirle, y sus respuestas están siempre llenas de esta unción celestial que les da tanto precio.

En fin, quién lo creería, si no viera con sus propios ojos innumerables pruebas, que el glorioso Pontífice, colocado tan alto, y cuyos momentos están todos llenos, no se desdeña en escribir sobre una imagen ó sobre un álbum que se le presente, un texto de la Escritura, ó una sentencia propia para hacer bien al alma, recordándole alguna verdad saludable.

Ved aquí algunos ejemplos elegidos entre mil:

—«Cristo ha dicho a Pedro, y en la persona de Pedro a sus sucesores: *Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua. Et tu aliquando conversus confirma fratres tuos.* Y nosotros vemos, en medio de todas las agitaciones, de todos los temores, de todos los dolores presentes, coronarse la frente de Pio IX con los resplandores de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

—Como un personaje admitido hace algunos días a presencia del Santo Padre, expresase los temores mas vivos so-

bre la situación de Roma, Su Santidad, sin responderle, ha escrito algunas líneas con mano firme, y las ha presentado a su interlocutor, diciéndole: leed. Eran los versos de un clásico italiano, cuya traducción es como sigue.*

«La mas grande de todas las faltas, es el exceso de un temor impío é injurioso para la Divina Bondad. El que desespera no ama, no cree, porque la Fe, la Caridad y la Esperanza, son tres antorchas que brillan juntamente, y que una de ellas no podrá tener luz si la otra tampoco la tiene.»

—Se escribía de Roma al *Journal de Rennes*:

Febrero de 1867.

«El general Randon está muy pesaroso en este país. Aunque protestante, siempre se ha mostrado personalmente, favorable a la causa del Santo Padre, y no ha cesado de manifestar las mejores disposiciones por la legión romana.

«El mismo Santo Padre encuentra que el ministerio de este protestante, ha sido mas católico que otros muchos. Además, dijo al saber que el Mariscal Niel se encargaba de los negocios: «Yo conozco a M. Niel, me ha llevado hace algunos años las llaves de Roma a Gaeta; yo espero que él «no dejará que me sean quitadas.»

«Podeis garantizar la exactitud textual de estas palabras «del Santo Padre.»

* D'ogni colpa la colpa maggiore
E l'eccesso di un impio timore
Oltraggioso all'Eterna pietá.
Chi dispera non ama, non crede
Che la Fede, l'Amor, la Speme
Son tre faci che splendono insieme
Ne una ha luce se l'altra non l'ha.

Algunas buenas palabras de Pio IX.

Un diario cuyas opiniones católicas son muy sospechosas, confesaba el otro día, a su pesar, es cierto, que el Santo Padre está dotado de una excelente salud, y que su voz es mas bien la de un jóven que la de un anciano. En Pio IX, el espíritu es tan vivo, como jóven el cuerpo. Ved aquí un rasgo bastante agudo que refiere de él *La Italia* de Florencia:

«Yo no sé, decía jocosamente Pio IX, si M. Ratazzi nos «tratará mejor que M. Ricasoli; él se llama Urbano y nosotros debemos suponer, por consiguiente, que nos tratará «con urbanidad.»

—Un zuavo pontificio de nuestra diócesis, dice la *Semaine de Nantes*, M. Alfredo Gerbaud, de Lege, cuenta en estos términos la visita que tuvo la felicidad de hacer al Vaticano: «...El Santo Padre dirigia a cada uno de nosotros algunas palabras llenas de bondad. Cuando llegó a mí, me preguntó de dónde era.—Santo Padre, soy de Nántes.—¡Ah! sois breton. ¿Sabéis lo que se dice de los bretones? «Donde el sol pasa los bretones pasan.» Santa Catarina de Sena ha dicho verdad, cuando estaba sitiada en su propia ciudad de Sena, por los sarracenos: ella imploró el auxilio de los bretones, los que acudieron inmediatamente. Mas a pesar de su valor, su energía y su perseverancia, el enemigo no retrocedió. En fin, llegaron a rechazarlo y a librar a la Santa; lo que le hizo decir estas palabras: «Donde el sol pasa, los bretones pasan.» Y diciendo esto, el Santo Padre apoyaba la mano sobre mi cabeza, y de cuando en cuando me tocaba dulcemente sobre la mejilla. Yo estaba trasportado de gozo y abrazaba con amor la mano que me tendia. El me dió una medalla, diciéndome: «Valor, hijo mio. Sed un hijo bueno y virtuoso, y seréis un buen breton.» Nunca olvidaré este bello día de mi vida.

—Durante un paseo que hizo Su Santidad, el mes de Enero de 1866, por los alrededores de Roma, en el Monte Mammolo, con el fin de visitar un puente nuevamente construido sobre el Teverone, hubo un incidente que pinta con mucha propiedad la paternal bondad del Santo Padre.

Despues de haber platicado largamente con el ingeniero en jefe, Pio IX, un poco cansado por tan larga inspeccion, descansó un instante bajo una tienda dispuesta a este efecto a la entrada del puente, donde se sirvió una ligera colacion.

La presencia del Soberano Pontifice habia atraído a este lugar toda la poblacion vecina. Cada uno trataba de acercarse lo mas posible a él, a fin de gozar mejor de su vista; y como los gendarmes pontificios se dispusiesen a retirarlos, el Santo Padre, haciendo una señal con la mano detuvo su celo, y ordenó que avanzasen sucesivamente los niños, las mujeres y los hombres, a quienes distribuyó él mismo los dulces, los pasteles y los bizcochos que estaban sobre su mesa. En seguida, dirigiéndose al ingeniero en jefe y a algunos familiares: «No olvidéis, dijo, que necesitamos construir un puente para llegar al cielo, y este es el puente de la caridad.»

—Ved aquí una palabra donde se manifiesta el corazon y el espíritu del agosto Pio IX. Todos los viérnes de cuaresma el R. P. Luis de Trente, capuchino, predica en el Vaticano ante el Sagrado Colegio y los obispos. El Papa se sienta en una tribuna cubierta y cerrada con una reja. La semana anterior, el orador, hombre de un gran talento, habia predicado sobre la Envidia, y como despues del sermón viniese a arrodillarse ante el Soberano Pontifice para recibir su bendicion, Pio IX le dijo:

—Verdaderamente, querido padre predicador, yo no habia sentido jamas este mal de la envidia: pero vos me lo habeis hecho experimentar hoy, porque al oiros, he envidiado vuestra gran elocuencia.